

## Desnudarse para defender el río

Por Kléver Calle\*

Siempre le he mirado al Tomebamba con el corazón repleto de gratitud y anhelos: gratitud, por el maternal murmullo con que nos arrulla mientras vivimos, y anhelos, por ver restituido su cauce, sus tributarios, sus aguas limpias y sus habitantes. Siempre he caminado, de arriba a abajo del Tomebamba, escuchando su voz y deseando su pleno retorno. Así ha sido mi relación con el río.

Cuando supe que Javier Andrade Córdova, director cuencano, iba a “meter” un río en la capilla del Museo de la Medicina para representar su última cantata performática, “Crónicas del agua”, simplemente me puse a revolotear. Un río dentro de otro río pensé, por las miles de voces que en plegarias alguna vez se elevaron al cielo y que impregnan las paredes de ese templo, sería un marco perfecto para provocar una comunión íntima entre los cuencanos y “sus” ríos.

Fui a la capilla el día del estreno con altísimas expectativas, desoyendo los coletazos de un trancazo que me tumbó varios días. Nada más llegar, la semi-oscuridad que nos tragó a mí me retrotrajo a mi antigua vida de campo bajo una noche estrellada. Fue el principio de un desnudamiento de ciudad, desarrollo y capitalismo que me hizo sentir ligero.

Lo que vino después me fue desnudando aún más: un grupo de mujeres de río, bajo la égida de una estupenda Pilar Tordera, que jugaban, reían, memoraban, profetizaban, increpaban, clamaban y luchaban en un escenario acuático, junto con voces, coros e instrumentos de percusión desnudos de amplificación, me fueron contando la historia de las guardianas de los ríos que defendían gallardamente sus aguas sanas de una horda de machos sedientos de poder y riquezas, representados magníficamente por Pancho Aguirre y Pedro Andrade. Fue una ceremonia de ribetes épicos y espirituales en un escenario destinado a ritos sagrados.

En ese entorno de claroscuros a ratos opresivos, resonaban en mi cabeza prístinamente los coros callejeros de “los ríos no se venden, los ríos se defienden” que han recorrido como ríos las calles de esta ciudad desde hace años.

En uno de los momentos culminantes de la obra, cuando decenas de voces exclamaban: “¡Yo soy Bertha!”, “¡Yo soy Bertha!”, “¡Yo soy Bertha!”... en alusión a Bertha Cáceres, dirigente indígena hondureña asesinada por su inquebrantable defensa del río Gualcarque, yo también quise gritar: “¡Yo soy Bertha!”. Pero me trabé por no desajustar la obra. Me desnudaban, de nuevo.

Los ríos de Cuenca afrontan una inminente amenaza: dos multinacionales mineras que pretenden emprender proyectos mineros en sus nacientes del Kimsacocha y Río Blanco, páramos del Cajas. En esta escena real no podemos quedarnos callados: “¡Yo soy Bertha!” Que la voz del río, los coros de la cantata y los coros callejeros nos envalentonen para defender nuestros maternales ríos. Para restablecer nuestra relación con los ríos, hemos de desnudarnos para que nos dejen limpios.

\* Kléver Calle, es un activista por los derechos de la naturaleza. Pertenece al colectivo Yasunidos Guapondelig.